

Los amigos de Malatesta bajaban ya la cabeza.
—¡Responded!—repitió por tercera vez el ministro de Estado.

—¡*De profundis!*—profirió en voz baja Sampieri. Pero en este momento el marqués levantó la cabeza.

—¿Estás contento?—dijo á su cómplice;—voy á deshonorarme.

Y pintóse un círculo gris alrededor de sus ojos; un sudor frío caía de sus cabellos á sus mejillas hundidas; su rostro era espantoso.

—¡Majestad!—dijo dirigiéndose al mismo rey una voz bronca y estrangulada;—vos sois el primer noble del reino, y comprenderéis por qué un Doria de Angri ha tardado en responder cuando se trata de manchar con una palabra la gloria de su linaje...

—¡Silencio! ¡silencio!—decían en todas partes. Malatesta estrechó su pecho con sus dos manos.

—¿No habéis notado—repuso,—que Beatriz Doria de Angri, mi hermana, no se ha presentado en la fiesta de esta noche?

—¡Bien!—exclamó Sampieri respirando con fuerza. Las princesas dejaron sus asientos.

—¡Infame!—dijo Nina Dolci con fiero acento.

Pedro Falcone había avanzado un paso, no para escuchar, sino para mirar un dominó de alta estatura que estaba de pie é inmóvil frente de él.

—¡Adelante!—exclamó Sampieri.

—Majestad—replicó Malatesta,—mi hermana es la querida del bandido Coriolani, que la ha seducido, y mi hermana me ha revelado sus secretos.

En los dos salones se levantó un tumulto inexplicable.

Angélica lanzó un grito de desesperación.

Malatesta, tambaleándose y sostenido por Sampieri, vió delante de sí la figura altiva y tranquila del conde Loredano Doria.

Este se quitaba un guante con lentitud.

—¡Donde el rey lleva máscara—dijo,—no hay rey! ¡Malatesta, has mentido! ¡Malatesta, eres un cobarde! ¡Malatesta, supuesto que Beatriz Doria no tiene hermano, yo, Doria-Doria, jefe de la familia, soy su hermano, y la vengo de una infame y calumniosa acusación!

Y levantando su brazo arrojó el guante á la cara del marqués, mientras las princesas y la muchedumbre gritaban:—¡Bravo, Loredano!

Pero el guante no tocó el rostro de Malatesta. Una mano se adelantó y le detuvo al paso.

Esta mano era la de ese dominó de alta estatura que Pedro Falcone examinaba desde hacía algunos instantes con gran curiosidad.

Nadie hasta entonces había notado su presencia.

La máscara echó atrás con un brusco movimiento su flotante ropaje de seda y apareció en rico traje de corte.

Esto fué como una sorpresa teatral.

A la vista de aquel hermoso joven, extinguéronse los gritos y se desvaneció la febril agitación. Descubriendo inopinadamente su talle de Apolo y su majestuosa cabeza, mostró un rostro altivo y espiritual en el que florecía la más tranquila sonrisa.

Un nombre corrió de una á otra extremidad de los salones, cual sordo y profundo murmullo lleno de admiración, respeto y ternura: este nombre era el de:

—¡Coriolani! ¡el príncipe Fulvio Coriolani!

VIII

El rey de día y el rey de noche

En los salones del palacio Doria, sólo había tres hombres cuyas fisonomías no hubiesen cambiado.

Eran las de los tres caballeros del Silencio.

Estos habían permanecido impassibles así antes como después de estos sucesos.

Pero á su alrededor la agitación iba en aumento, y en ella tomaba parte alegremente el coronel San Severo, cuarto maestro del Silencio.

—¡Corpo di Baco!—decía éste;—ese Doria es un digno señor, con el cual tendrá que hacer el pícaro marqués.

Los gritos se perdían en medio de aquel tumulto general.

Para dar una idea de lo que era este tumulto, á pesar de la alta posición de la mayor parte de los actores de tal escena, contaremos en pocas palabras un incidente rápido, del cual fué el héroe nuestro coronel San Severo.

A la vista del príncipe Coriolani, Pedro Falcone había retrocedido como si una violenta contracción nerviosa le hubiese echado atrás.

—¡Es él!—dijo en voz baja.

Y esta palabra «¡Es él!» revelaba en su boca una terrible expresión de odio.

Este hombre tan tranquilo hace poco, y que hemos visto frío y grave en medio de las extrañas aventuras ocurridas en casa de Spurzeim, parecía agitado de una especie de rabia súbita.

Deslizándose su mano en el forro de su traje, sacó un puñal siciliano de hoja corta y afilada como una aguja.

Nada más fácil en este momento de desorden que echarse encima de Coriolani y matarle.

Tal era su designio.

Pero en el momento en que iba á arrojarle sobre él, una mano de hierro le sujetó por la garganta, mientras que otra mano igualmente vigorosa torcía su puño haciéndole soltar el arma.

Falcone ahogó el grito de dolor que iba á salir de su boca.

La mano de hierro, que pertenecía á San Severo, apretaba con fuerza, y ya la cara del doctor se inyectaba en sangre, cuando los ojos del coronel se fijaron por casualidad en la mano derecha del desconocido.

En el dedo medio de esta mano brillaba la sortija del Silencio. San Severo soltó la presa.

Pero llevando al doctor donde se hallaban los tres caballeros, les mostró la sortija.

Armellino dijo: —¡Ya lo sabíamos!

San Severo bajó la cabeza para reflexionar un instante.

—Amigos míos—les dijo;—empiezo á no entender este misterio. El día en que llegue á ser del todo incomprensible para mí, cuidado con vosotros.

Armellino y Falcone se hicieron una seña. Falcone se perdió entre la muchedumbre.

Todo esto fué obra de un minuto.

Ni una palabra salió entretanto del grupo de nuestros principales personajes, que guardaban sus respectivos puestos, como acontece en las ocasiones solemnes.

El teatro, que no es sino un reflejo de nuestras costumbres, copia en esto la fiel verdad, y por ello esa situación escénica que se llama «un cuadro plástico» produce casi siempre tan buen efecto en los espectadores de buena fe.

Doria se hallaba á la derecha del marqués, quien, agitado por un ataque de epilepsia, se veía contenido por Sampieri; á su izquierda estaba de pie Coriolani con la cabeza erguida y sus brazos cruzados sobre las condecoraciones que brillaban en su pecho.

El rey y los príncipes cercaban este grupo.

Al otro extremo del salón, la princesa de Salerno y sus compañeras manifestaban estrepitosamente su contento,

Donde la pasión domina, la etiqueta desaparece. Angélica lloraba de alegría en los brazos de Nina, que sonreía y murmuraba á su oído:

—¿No te lo decía? Es desconocer á Fulvio, temer por él.

Y, sin embargo, nada había pasado en realidad que pudiese tranquilizar á nadie. Ninguna contestación se había opuesto á las acusaciones de Malatesta. El rey no había pronunciado una palabra, los príncipes y el ministro de Estado continuaban silenciosos.

Pero poseía el recién llegado un poder tan irresistible, un encanto tan grande y vencedor, que con su sola presencia pareció haber ganado su causa.

Sus ojos se fijaron en Malatesta con una sonrisa en los labios. Este con el rostro salpicado de manchas lívidas, los ojos hoscos y la boca espumosa, hacía inútiles esfuerzos para sostener su mirada.

La primera palabra pronunciada salió de la boca del rey.

Echando atrás el capuchón de su dominó y descubriendo su bella fisonomía de Borbón, coronada de cabellos blancos como la nieve, la que á pesar de ciertos actos de su vida pública inspiraba siempre el más sincero respeto al pueblo de Nápoles, dijo:

—Doria, eres un verdadero caballero: tu padre hubiera procedido como tú; has hecho bien.

Loredano se inclinó profundamente.

El príncipe se llegó á él y le abrazó. Fernando de Borbón se había apoyado durante la anterior escena en el brazo del príncipe real.

El otro compañero del rey era su hijo segundo, el príncipe de Salerno.

Fulvio Coriolani se inclinó también ante el rey. Este le dijo:

—Bien venido, príncipe. Os han acusado durante vuestra ausencia; espero que os defenderéis.

—Así lo haré, señor—respondió Coriolani.

Todos los corazones le eran ya propicios.

Antes de continuar se volvió hacia Loredano.

—Conde Doria—le dijo,—os doy las gracias y os ofrezco la mano.

Loredano saludó, pero su mano permaneció inmóvil.

—Príncipe—replicó fríamente,—nada me debéis; yo no he hecho más que defender el honor de mi familia.

—El honor de vuestra familia es el mío, conde—dijo Coriolani,—pues voy á ser vuestro hermano. Loredano repuso con tono glacial:

—El porvenir depende de Dios. Mi hermano es libre con permiso del rey, su señor, y el mío.

Y saludó de nuevo, abandonando ostensiblemente la conversación.

Coriolani le tendió en silencio su guante, que el otro recogió.

Hecho esto, se irguió, y dirigiéndose al rey, dijo:

—Señor, salvo el respeto que debo á V. M., el marqués de Malatesta ha mentado baja y villanamente. Baldón al que ha perdido la memoria de su madre hasta el punto de ultrajar á su propia hermana.

—¡Bien dicho!—exclamaron por todas partes.

Y la archiduquesa María Clementina, esposa del príncipe de Salerno, añadió:

—Príncipe, en nombre de mis hermanas y de toda la corte os felicito por haber expresado noblemente nuestro pensamiento.

Coriolani puso la mano sobre su corazón, y al dar las gracias á la princesa, fijó su mirada llena de amor en el rostro pálido y hermoso de

Angélica, la cual le hizo sonriendo un signo con la cabeza.

—¿Estáis muerto?—dijo el implacable Sampieri al oído de Malatesta.

—Señor—exclamó este último con palabra lenta y ahogada,—salvo el respeto que debo á Vuestra Majestad, este bandido que da lecciones á los nobles de la corte en vuestra presencia, no vale lo suficiente para que un Doria de Anagni rechace sus acusaciones... Sostengo mis palabras y acepto la provocación de mi primo Loredano Doria que á lo menos es un caballero.

Sampieri le estrechó la mano furtivamente.

Malatesta replicó con más seguridad:

—¡Oh, grandes de Nápoles, mis antiguos amigos! supuesto que este impostor os ha hechizado, trastornando la razón de vuestras mujeres, de vuestras hermanas y de vuestras hijas, no tengo la esperanza de hacer caer la venda que cubre vuestros ojos. Me limitaré, pues, á exigir que respondáis á estas dos sencillas preguntas:

¿En qué ha empleado el tiempo esta noche?

¿En qué fantástica región está situado su principado de Coriolani?

Al acabar estas palabras, Malatesta había recordado toda su insolencia.

—Señor—repuso el príncipe Fulvio,—no quiero dirigirme á ese hombre, sino á V. M., que ha mostrado el benévolo deseo de oír mi contestación.

—Benévolo, sí, príncipe—dijo el rey;—no os creeremos culpable hasta que se pruebe lo contrario.

Coriolani dió un paso hacia el rey, puso una rodilla en tierra con esa gracia noble que poseía en un grado incomparable, y le besó la mano diciendo en voz baja:

—Rindo este homenaje al rey que me aprecia.

Le rindo sobre todo al amigo de mi noble y amado padre. En el salón preguntábase:

—¿Qué dice? ¿qué dice?

—Creo, ¡Dios me perdone!—exclamó Malatesta burlándose,—que este hijo de la casualidad ha hablado de su padre.

El príncipe real hizo una seña, é inmediatamente oyóse en las baldosas el ruido de veinte culatas de fusil.

Todas las miradas sorprendidas se fijaron en el vestíbulo lleno de guardias suizos.

Malatesta quiso aún hablar, pero juzgando Sampieri que se perdía sin remisión, le puso la mano en la boca.

—Basta ya—le dijo en voz baja,—bastante has hecho...

—Si es para romperme el cráneo luego que tenga en mis manos una pistola—respondió Malatesta,—tienes razón.

—Señor—replicó Fulvio Coriolani en medio del silencio restablecido como por encanto apenas abrió la boca;—hace algunas semanas que veía un gran duelo en vuestra augusta familia. Vuestra Majestad tenía cerca de sí á una noble joven, por cuyas venas corre sangre imperial y real; á Matilde Farnesio que habíais sacado de pila.

—¿Sabríais noticias suyas, Fulvio?—exclamó vivamente el rey.

Era notorio en la corte que el rey adoraba á su ahijada.

Decíase también, pero esta era una de esas mil hablillas que corren en los palacios, que la bella Matilde Farnesio estaba unida á su padrino por lazos más estrechos que los que se contraen por el primero de los sacramentos.

La madre de Matilde Farnesio había muerto joven y Fernando de Borbón la había amado.

Colonna dijo á Marescalchi, á quien se había acercado en medio de la muchedumbre:

—El miserable nos descarga un golpe maestro. Marescalchi respondió:

—¡Si la carta anónima que nos ha puesto en campaña fuese un lazo!

Los dos estaban con la cabeza baja, no atreviéndose á dirigir la vista á Malatesta.

Coriolani prosiguió:

—¿Podía hacer demasiado para corresponder á la graciosa hospitalidad que V. M. se ha dignado concederme?... Los que dicen haberme visto esta noche en el puente de la Madalena y en la playa, no se engañan; no solamente he ido allí, sino más lejos. Un barco me ha llevado á través del golfo de Nápoles, costeando la Gajola, doblando el cabo Miseno y salvando el canal de Prócida. Al otro lado de las islas, frente la embocadura del Fúsaro, estaba anclado un buque, en el cual me embarqué.

—¿Tenéis noticias de Matilde?—preguntó por segunda vez el rey.

—Sí, señor.

—¿Buenas noticias?

—Sí, señor.

—¡Dios os recompense, Fulvio!... Decidnos cuál era ese buque.

El círculo se había estrechado alrededor de Coriolani, haciendo lugar á las princesas que se hallaban ahora en primera fila.

Los compañeros de Malatesta se veían reducidos á protestar con su silencio incrédulo y burlón.

—Ese buque—respondió el príncipe Fulvio,—pertenece á ese jefe terrible á quien vuestra policía cree sin cesar haber cogido y que se le escapa siempre.

—¡Porporato!

Este nombre pronunciado en voz baja corrió de un extremo á otro del salón.

El rey dijo:

—Ese barón de Altamonte que debía ser ajusticiado mañana, ¿no era Porporato?

—No, señor.

—El príncipe Coriolani depuso formalmente lo contrario cuando se le careó con Felice Tavola—observó el ministro de Estado.

—Excelencia, si yo no hubiese visto por mis propios ojos esta noche á Porporato, aun diría que es aquel. Altamonte y Porporato se parecen hasta tal punto, que temo haya en todo esto un fatal error. Creo que la justicia y la policía se han equivocado y que Altamonte era inocente.

Andrés Visconti Armellino dió un paso hacia delante.

—Desde ayer por la noche, tengo presentada mi dimisión de intendente de policía en el ministerio de Estado—dijo,—el motivo es porque participo de la opinión del noble príncipe Fulvio Coriolani.

—¡Qué extraño, Piccolomini!—dijo el rey al ministro;—ya he recibido con este motivo una carta del señor Johann Spurzeim, que enfermo y moribundo como se halla..

—Mañana, á primera hora—interrumpió el ministro de Estado,—contaba someter á S. M. comunicaciones importantes.

El rey le miraba fijamente.

—¡Ay de los que intenten engañarme!—dijo en voz baja frunciendo las cejas,—soy el soberano más viejo de Europa; pero ¡por la santa Virgen, tengo aun la cabeza sana y el brazo largo!

Nos es imposible hacer comprender desde este momento al lector la línea de conducta de Johann Spurzeim, ese activo agonizante. En esta batalla

descargaba un golpe funesto á Piccolomini, sin que por eso dejase de odiar al príncipe Fulvio.

El Jefe trabajaba sólo para sí, dirigiendo sus baterías desde el fondo de su alcoba y embrollando á su placer la madeja de su intriga.

Era un maestro en materia de diplomacia.

Nosotros no conocemos más que á uno de sus agentes, el doctor Pedro Falcone; pero ¿quién sabe cuántos colegas desconocidos tenía en los salones del palacio Doria?

La verdadera lucha hallábase en realidad empeñada entre Johann Spurzeim y Fulvio Coriolani.

El mismo Malatesta era, sin saberlo y á pesar suyo, un instrumento de Johann Spurzeim.

—Y ¿qué has hecho á bordo de ese buque, Fulvio?—preguntó el rey.

—He hablado con Porporato, señor.

—¿Es la segunda vez que le hablas?

—Sí, señor.

—¿Y ahora no te engañarías, le conocerías?

—Le conocería, señor.

—¿Por qué se ha acercado tanto á nuestras costas?

—Es que este extraño personaje al hablar del litoral del reino de Nápoles también dice «mis costas.»

El rey sonrió.

—Es decir—murmuró,—que somos dos para un sólo dominio; yo soy el rey de día y este bandido es el rey de noche. Todo esto cambiará, si Dios me ayuda; yo he arrancado mi herencia de las manos de Murat que era un soldado, y del mismo modo pasaré sobre ese bandido.

Todos pudieron notar que Fulvio frunció vivamente el entrecejo á este nombre de Murat, pronunciado tan inesperadamente.

—Señor, Porporato tenía, según dice, dos motivos para acercarse á vuestra capital.

—Veámos los motivos de su majestad nocturna—dijo el rey.

—Primero libertar al barón de Altamonte, no por amistad, porque afirma no conocerle, sino por simpatía; Porporato no quiere la pena de muerte.

—¡Ah, diablo!—exclamó el Borbón prorrumpiendo en una carcajada.

—San Genaro—continuó tranquilamente Fulvio,—se complacía en enterrar los cadáveres que hallaba insepultos. Porporato ha jurado libertar á los condenados á pena capital.

—Esta vez, al menos...—observó el rey.

—Si me es permitido responder á S. M.—interrumpió el príncipe,—Porporato tenía positivamente previsto el caso, pues me dijo: «O le asesinarán ó le libertaré.»

A su vez el rey arrugó el entrecejo.

Un murmullo de sorpresa circulaba en toda la sala.

Ese Porporato se elevaba á la altura de un poder.

—¿Y el segundo motivo de su diabólica majestad?—preguntó Fernando.

—El segundo motivo consiste, señor, en que Porporato ama á una joven noble de vuestra corte. En las filas de las señoras hubo un estremecimiento general.

—¡Hola!—dijo el rey conservando á duras penas su forzada sonrisa,—¿conque conoce nuestra corte?

—Mucho, señor.

—Quizás nos ha hecho el honor de venir á ella muchas veces.

—Con frecuencia.

Fernando se puso pálido y apareció su cólera á pesar suyo.

—¡Por la muerte del Salvador!—exclamó,—quie-

ro ministros que me pongan al abrigo de semejantes insolencias.

Hubo un instante de silencio entre el rey y el príncipe Fulvio, pero la sala entera se llenaba de cuchicheos.

El rey sentía haber empezado esta conversación en público.

Así es que pasó bruscamente á otro asunto.

—Háblanos de Matilde, mi ahijada, príncipe; ¿cuánto quiere este hombre por su libertad?

—Trueque por trueque, señor—respondió Fulvio;—Porporato quiere la que ama en lugar de la noble Matilde Farnesio.

—Espera tal vez—empezó el rey con indignación.

—Porporato pronuncia el nombre de S. M. con una apariencia de profundo respeto. Nada pide; lo que desea, sabe tomarlo.

Nuevo silencio de estupor.

—Pero ¿mi ahijada?—repuso el rey.

Coriolani se volvió hacia el vestíbulo, donde el caballero Hércules Pisani estaba de pie frente á la guardia suiza.

Hizole una seña y éste desapareció por entre los soldados, cuyas filas se abrieron para darle paso.

—Os traslado, señor, las mismas palabras de Porporato; éste ha dicho así: «Devuelvo al rey de Nápoles su ahijada sin rescate. Mañana la que amo estará en mi poder.»

Loredano Doria, que estaba junto á su hermana y que fijaba en Fulvio una mirada atenta y sombría, hizo un movimiento involuntario, como para apoderarse de ella y protegerla.

Angélica no lo notó, porque también ella miraba al príncipe Fulvio con tamaños ojos.

Estaba pálida y su seno latía con violencia.

El rey no tuvo tiempo de responder

Hércules Pisani atravesó de nuevo por entre las filas de los soldados de la guardia. Llevaba de la mano á aquella joven cubierta con un velo que hemos visto en el patio del palacio en que entró Baldemonio después de haber salido de casa Johann Spurzeim.

Fulvio se adelantó hacia ella, la recibió de manos de Pisani y la llevó al rey que le tendió los brazos con lágrimas en los ojos.

—¿S. M.—dijo el príncipe sin elevar la voz,—está satisfecho de mi tarea de esta noche?

Matilde Farnesio recibía ya las caricias de las princesas.

El rey tendió la mano á Fulvio, que quiso besarla, pero aquél le atrajo hacia sí y le dió un abrazo.

Las princesas de la corte aplaudieron con verdadero transporte. Angélica estaba deslumbrada y como ebria.

Nina sonreía, pero en su sonrisa había un amargo desdén.

Loredano Doria se interrogaba con la angustia del hombre que teme volverse loco.

Los tres caballeros del Silencio estaban nuevamente reunidos, formando un grupo inmóvil é impenetrable delante del coronel San Severo, que perdía la cabeza en medio de aquel mar de enigmas.

—Señor Armellino—dijo el rey,—aceptamos vuestra dimisión.

—En este caso, la mía está á los pies de vuestra Majestad—replicó vivamente Piccolomini.

El rey sonrió.

—El sol de mañana—dijo,—verá muchas cosas, quiero un ministro que responda de la seguridad de las hijas de mis nobles amigos y servidores; ¡lo quiero! Entretanto es necesario que se haga justicia... Puesto que vuestra dimisión está á mis pies, Excelencia, me nombro á mí mismo, por

esta noche, ministro de Estado, y vos, Fulvio, presentaos de madrugada en palacio.

El príncipe Coriolani se inclinó.

Todos echaron de ver que la cartera de Piccolomini sería para él si la aceptaba.

—¡Hola! ¡Baumgarten!—exclamó el rey.

El mayor de la guardia suiza entró en seguida. El rey le dijo algunas palabras al oído.

Sampieri las adivinó é hizo un movimiento hacia la puerta.

Pero sintió una mano que lo detenía.

El doctor Pedro Falcone se hallaba entre él y Malatesta.

—Mis jóvenes señores—les dijo,—habéis perdido la partida, pero yo os ofrezco el desquite.

—Señor Marescalchi—decía en este momento Baumgarten,—os prendo en nombre del rey.

Malatesta fijaba una mirada de desesperación sobre Angélica Doria, la cual, viendo á Coriolani separado del rey, parecía llamarle con los ojos.

—En nombre del rey—volvió á decir Baumgarten,—os prendo, señor Gravina.

—¡Toda mi sangre por vengarme!—murmuró Malatesta desgarrando su pecho con las uñas bajo el frac.

—¿Estáis bien determinado?—preguntó Pedro Falcone.

—Si el demonio me ofreciese su cooperación—contestó el vencido,—haría pacto con él.

Falcone sonrió.

Baumgarten acababa de prender á Ziani y Colonna.

—No tenemos más que un minuto—dijo Pedro Falcone;—ya le ha tocado su turno á Pitti; pero éste está prevenido, los otros también. Acordaos bien de esto, Sampieri, y vos, Malatesta, tenéis un aliado... á cualquier hora ó lugar que se pronun-

te el nombre de Johann Spurzeim á vuestro oído, estad dispuestos!

—¡Johann Spurzeim!—repitió Sampieri estupefacto.

Y Malatesta añadió:

—Yo sólo había evocado á Satanás.

Baumgarten les dijo:

—En nombre del rey os prendo, Domeníco Sampieri y Giulo Doria de Angri, marqués de Malatesta.

Falcone se había perdido entre la muchedumbre.

En este momento Fulvio Coriolani se dirigía á Angélica Doria y le besaba respetuosamente la mano.

Como la princesa de Salerno le llamase, pronunció rápidamente estas palabras:

—Condesa, es necesario que os vea mañana, sola y sin testigos. De esta entrevista depende, si me amáis, nuestro porvenir y nuestra felicidad.

—¡Si os amo!—repitió Angélica.

Coriolani dirigióse hacia las princesas, donde le aguardaba otro triunfo.

Angélica se apoyó en el brazo de Nina, que había cambiado una seña con Coriolani. La hermana de Loredano parecía próxima á desvanecerse.

—Vamos—exclamó;—¡el corazón me duele!... yo me ahogo... ¡me parece que voy á morir!